

«EL HOMBRE ~ LOBO»

Introducción

A diferencia de los mitos de Drácula y Frankenstein, debidos a la pluma de Bram Stoker y Mary Shelley, respectivamente, la mitología relativa al hombre-lobo no se basa en una narración concreta, sino que hay que buscar su actual cristalización en fuentes dispersas.

El tema mítico de la metamorfosis de un hombre en animal —zoantropía— es probablemente uno de los «Items» más frecuentes en toda la mitología universal. Lo encontramos en las narraciones míticas de las antiguas civilizaciones egipcia, cretense, griega, india y romana. El libro de «Las metamorfosis», del poeta Ovidio, es una prueba de la importancia capital de la zoantropía en la mitología. Por otra parte, los estudiosos de las culturas primitivas actuales señalan el amplio espectro que abarca el problema que va a ocuparnos. Lévi-Strauss, Métraux, Guyot, Jiménez Núñez, Arthur Ramos y Carvalho-Neto han recogido numerosos mitos sudamericanos relativos a la conversión de hombres y mujeres en jaguares, monos, termitas, zarigüeyas y demás animales de la fauna hispanoamericana. Ratzel nos habla de las creencias malayas que afirman que muchos tigres fueron en un primer momento seres humanos. En África, numerosos viajeros y etnólogos han descrito profundamente mitos y creencias nativas sobre hombres-león, mujeres-pantera, hombres-leopardo, mujeres-vibora, etcétera. El francés Petitot ha estudiado las supuestas conversiones de hombres en oso en el Canadá. Los chinos, según el testimonio de los misioneros, hablaban de hombres-lobo... Puesto que el tema de la zoantropía es amplísimo, aquí nos limitaremos exclusivamente a una variante de la misma: la licantropía, o conversión del hombre en lobo.

Las fuentes del mito

La creencia remonta a la antigüedad clásica, que nos ofrece el mito de Lycaon. Tal personaje, Rey de Arcadia, fundó la ciudad de Lyconia, que consagró a Zeus. Al poco tiempo desobedeció las órdenes del supremo dios olímpico relativas a la prohibición de sacrificar víctimas humanas. Por ello fue castigado. El, con todos sus hijos, excepto uno, se metamorfosearon

en lobos. Según otra versión del mito, Zeus, enamorado de la hija de Lycaon, Calisto, despertó los celos de su esposa, Hera, quien convirtió a Calisto en una osa y a Lycaon en un lobo. El nombre etimológico de licantropía deriva, pues, de este desdichado personaje de la antigüedad griega.

A pesar de que la creencia continuó durante el Imperio romano (Petronio, en su «Satyricon», narra un caso de licantropía), el tema parece haber tenido su máxima difusión en Europa durante la Edad Media, particularmente en Inglate-

rra y Alemania. Los «werwolf» ingleses y los «wargus» alemanes son frecuentes en la literatura oral de ambos países y han llegado hasta nosotros a través de cuentos, leyendas y sagas. En correlación con el interés literario por el tema, parece ser que la fiebre licantrópica dominó a toda Europa durante los siglos XV, XVI e inicios del XVII. Ello viene atestiguado por el gran número de juicios y procesos seguidos contra verdaderos o fingidos hombres-lobo, y de los cuales han sido conservadas algunas actas y notas individuales estudia-

das parcialmente por Eisler en su libro «Man into Wolf».

Con todo, el tema del hombre-lobo no es, como podría parecer en un primer momento, privativo de la mitología o de la superstición medieval, sino que es conocido en Psicología, Etnología, así como en el folklore de muchos pueblos y en la literatura oral y escrita de muchos otros.

Intentaremos ahora una primera aproximación a la licantropía desde distintos ángulos, señalando cuáles han sido los diversos elementos que, a nuestro entender, han pro-

El alemán Murnau es autor de una de las distintas versiones cinematográficas basadas en el mito del Doctor Jekyll y Mr. Hyde. La tituló «Der Januskopf», y su principal intérprete es Conrad Veidt.





La novela de R. L. Stevenson constituye, según ciertos autores, el padre literario del mito del hombre-lobo cinematográfico. En la foto, Fredric March, en la versión de Mamoulian.

porcionado la estructura mítica actual del licántropo cinematográfico:

1. En Psicología, el término de hombre-lobo se ha utilizado por lo menos de dos maneras distintas, e incluso opuestas. Los psicólogos clásicos se refieren al emplear este término a aquellas criaturas que abandonadas o perdidas en el bosque, han logrado sobrevivir generalmente bajo la protección de un animal o una manada de ellos. Los casos reales que han podido ser estudiados tienen un interés científico excepcional, por cuanto hacen posible determinar, con un grado de precisión relativamente elevado, cuál es el influjo de la cultura en la socialización del individuo. Los mejores estudios sobre este tema son probablemente los realizados sobre dos niñas-lobo, Kamala y Amala, de nueve y seis años, respectivamente, que fueron halladas en estado salvaje en Mirdapore (India). Este caso, o alguno parecido, sirvió de base a Rudyard Kipling al escribir «El libro de la selva», y a su protagonista, Mowgli. No sólo en países exóticos han ocurrido hechos de este tipo: en Francia es bien conocido «l'enfant loup» de Aveyron, tema que inspiró el film de F. Truffaut «L'enfant sauvage».

A pesar de que los dos ejemplos citados son relativamente modernos, tal hecho no debe haber sido extraño en la antigüedad. La leyenda sobre los fundadores de Roma, Rómulo y Remo, amamantados por la loba «Capitolina», parece evidenciar lo apuntado.

El segundo significado del término es cuando «licantropía» se re-

fiere a una enfermedad mental. La «folie louvière», nombre que recibió en un primer momento, fue conocida ya en Lovaina en el siglo XVI, aunque pasó bastante inadvertida hasta Freud. El mismo Freud describió el caso de un paciente licántropo en su artículo «El hombre de los lobos». A partir de él y de su discípulo S. Ferenczi, han sido frecuentes en la práctica psicoanalítica los casos de esquizofrenia en los que el paciente cree

bosa y enferma por los «comics» o películas sobre este personaje. El sadismo y canibalismo del que hace gala el hombre-lobo cinematográfico despertaban y acrecentaban las propias pulsiones del paciente al respecto, por lo que la identificación se veía en gran manera facilitada. La figura del licántropo es considerada por el doctor Easton, psicoanalista ortodoxo, como una imagen simbólica que condensa en una única figura la

De entre las numerosas historias que cita nos centraremos en el caso del «lobishome de Allariz», por ser uno de los últimos y mejor conocidos.

Dice Vicente Risco: «Manuel Blanco Romasanta, natural de Rebordechao, en Villar de Barrio, el cual, acusado, convicto y confeso de varios homicidios cometidos en muchachas jóvenes, a las que engañaba diciéndoles que las llevaba a servir a Castilla en buenas casas, y luego de internarlas en la sierra las mataba, alegó que no podía obrar de otro modo, pues tenía la desgracia de convertirse en lobo, en cuyo estado, por un impulso irresistible, tenía que satisfacer los instintos de fiera de que se sentía poseído. Esto dio origen a dilatados informes médicos para esclarecer el estado mental y la consiguiente responsabilidad o irresponsabilidad del procesado, que ordinariamente aparecía como de una normalidad corriente y hasta de buenas inclinaciones y de gustos y habilidades un tanto femeniles».

Creemos que fue la historia que inspiró la película de Pedro Olea «El bosque del lobo».

¿Cuáles son las causas que motivan la metamorfosis licantrópica, según las creencias populares galico-portuguesas? Risco señala dos: Primero, el séptimo (o noveno, según una variante) hijo varón de los mismos padres que hayan tenido otros seis varones en serie ininterrumpida, sin interponerse entre ellos ninguna hembra, será «lobishome». La segunda causa es también de carácter mágico. La licantropía afectará a todo individuo que haya sido objeto de maldición en

JOAN PRAT CAROS

convertirse en lobo. En la revista «Psychoanalytic Quarterly», el doctor Easton cuenta la historia de un muchacho puertorriqueño de quince años que en sus ataques y delirios aullaba, caminaba y se comportaba como un lobo. Sólo se apaciguaba cuando sus guardianes le ordenaban: «Alex, échate».

En su historial clínico se señala que Alex había sido ya desde su tierna infancia un niño tímido, solitario, que había intentado suicidarse en repetidas ocasiones. Sus depresiones se habían agravado cuando en su pubertad fue seducido por un tío suyo homosexual. A partir de este momento, en sus pesadillas oníricas y fantasías masoquistas, diurnas y nocturnas, se veía atacado por un hombre-lobo. A los estados depresivos sucedían otros agresivos y violentos en los que era él mismo quien se transformaba en lobo y actuaba como tal.

Según el articulista, el paciente manifestaba una tendencia mor-

tirénica del padre de Alex, hombre violento y autoritario, y la del tío, pederasta homosexual.

A pesar de que en ambos casos se utiliza la misma terminología de niño-lobo u hombre-lobo, se describen realidades distintas. En el primero se apunta el mito del «buen salvaje», es decir, el niño-lobo que se va humanizando progresivamente, mientras que en el segundo estamos frente al problema inverso: el hombre que se convierte en lobo. Nos ocuparemos exclusivamente del segundo, por caer el primero fuera de nuestros intereses.

2. En un precioso artículo titulado «El lobishome», aparecido en el año 1945 en la «Revista de Dialectología y Tradiciones Populares», el etnólogo y folklorista Vicente Risco recoge una serie de casos sobre el tema que nos ocupa, originarios de Portugal y Galicia, en donde la creencia sobre «alobados» está muy extendida.

«EL HOMBRE-LOBO»

este sentido por parte de sus padres, ya sea voluntaria o involuntariamente, o bien cuando un enemigo haya hechizado a alguna criatura con conjuros maléficos.

El alobamiento, al que se llega mediante un ataque nervioso, en el que el sujeto se revuelca por los suelos, se considera, generalmente, como temporal o intermitente. De nuevo según Vicente Risco: «El "lobishome" suele no andar siempre convertido en lobo, sino que de ordinario vive en su casa y hace su vida ordinaria». No hay, según una opinión, ningún antídoto contra el individuo que por fuerza del destino es lobisón. En otras regiones se considera, por el contrario, que un contrapunto apropiado contra el determinismo licántropico es bautizar al séptimo hijo varón con el nombre de Benito. Contraconjuro que falla en ciertas ocasiones, según se deduce por el nombre del protagonista de la película de Olea, Benito Freire.

Aspecto ético del mito

Los datos apuntados hasta aquí constituyen la base objetiva sobre la que se cimienta el mito del licántropo. Frente a la licantropía como enfermedad mental o fruto de un imponderable mágico, el tema del hombre-lobo es susceptible de ser tratado simbólicamente, pues la figura del lobo ocupa en nuestra cultura un destacado puesto por el conjunto de racionalizaciones éticas que en él recaen.

Empecemos por analizar el personaje del lobo tal como se pone de manifiesto en los cuentos infantiles, instrumento didáctico y socializador de primer orden, aunque no siempre ha sido considerado como tal por nuestros pedagogos.

Uno de los rasgos típicos que caracterizan las narraciones orales y escritas destinadas a los niños es su tendencia antropomórfica, mediante la cual, bajo figuras de animales, se presenta al niño una variada tipología de comportamientos humanos. El valor didáctico del cuento reside, a nuestro entender, y primordialmente, en la caracterización primaria y sencilla de algunas de las constantes éticas que están implícitas en todo período de socialización, y que deben ser asimiladas por las criaturas.

Es sabido que son numerosos los cuentos infantiles en los que aparece la figura del lobo. Nos vienen a la memoria «Caperucita Roja», «Blancquita y los siete chivitos» y «Los tres cerditos». En la trama de todos ellos, el lobo juega el papel de antagonista. A pesar de los distintos argumentos, hay un rasgo que distingue y caracteriza al personaje: su hipocresía y falsía. Bajo una apariencia bondadosa y campechana, el lobo disimula una

personalidad malvada y depravada que saca a relucir en el momento oportuno. El símbolo del lobo como personificación de la falsía lo encontramos, por otra parte, en los Evangelios, de modo que puede inferirse que la metáfora es relativamente antigua.

Esta primera caracterización ética en torno a la figura del lobo es, por supuesto, un reflejo de ciertas concepciones y pautas morales sustentadas por nuestro sistema social.

Podemos ahora sistematizar algunas de las constantes tradicionales en torno a la valoración ética de la personalidad de un individuo tal como aparece en nuestra sociedad. Seguiremos como telón de fondo la novela de R. L. Stevenson «El doctor Jekyll y mister Hyde», que constituye, según ciertos autores, el padre literario del mito del hombre-lobo cinematográfico.

El argumento de la novelista es en su primera parte una intriga de carácter policiaco. Centramos nuestro interés en el último capítulo, titulado «La confesión del doctor Jekyll».

Empieza el autor con una descripción de las vivencias éticas contradictorias que experimenta desde joven el señor Jekyll, y que le obligan a llevar una vida doble, pues el intenso puritanismo de sus ideales morales y sociales estaba reñido con su acusada tendencia a la degeneración y degradación ética. Escribe el doctor Jekyll en su testamento: «Aunque hombre de dos caras, no era yo, sin embargo, un hipócrita: mis dos aspectos eran genuinamente sinceros... En la esfera de lo moral y en mi propia persona me di cuenta de la perfecta y primitiva dualidad del hombre» (páginas 110-111).

Para revolver tal dicotomía, sentida con una intensidad mayor que la normal por el protagonista de Stevenson, Jekyll orienta todas sus luces de científico a un único objetivo: desdoblarse en dos naturalezas arquetípicamente puras que le permitan satisfacer sus tendencias éticas positivas y negativas simultánea e independientemente. Después de laboriosos experimentos, consigue su propósito, y crea su doble, mister Hyde, encarnación viviente del mal químicamente puro, mientras él mismo, Jekyll, conserva su apariencia socialmente respetable.

Esta doble personalidad le reporta en un primer momento una serie de ventajas. La más importante probablemente sea la de poder satisfacer, bajo la figura de Hyde, sus apetencias más primarias sin necesidad de sobrellevar los arrepentimientos y culpabilidades que, de forma general, implica toda actuación culturalmente reprochable, pues según Jekyll, «El

anatema de la Humanidad era que estuviesen atadas juntas en un solo haz las dos tendencias antagónicas, y que en la dolorida entraña, en la conciencia, los dos gemelos irconcillables, mantuvieran una lucha sin tregua» (página 112). El, sin embargo, ha resuelto el problema, pues aunque «Henry Jekyll quedábase a veces aterrado ante los actos de Edward Hyde (pero), la situación sobrepasaba de las leyes normales, e insidiosamente alojaba las estrechas ataduras de la conciencia. Después de todo, era Hyde el culpable, y nadie más que Hyde; Jekyll no se había hecho peor; al despertar volvían otra vez a él sus buenas cualidades, al parecer incólumes, e incluso se apresuraba, siempre que era posible, a remediar el daño que Hyde había hecho. Y así se adormilaba su conciencia...» (página 120).

Sin embargo, el doctor Jekyll se aficiona más y más a las satisfacciones secretas que su doble, Hyde, puede llevar a cabo, hasta el punto que un día observa, no sin gran estupor, que la transformación de una personalidad a otra, que hasta aquel momento se había realizado siempre bajo su voluntad, puede producirse descontroladamente. Tal hecho deja a Jekyll aterrado, y decide sepultar en el olvido y para siempre la personalidad de Hyde. A pesar de sus buenas intenciones, vuelve a caer en la tentación, y transformado de nuevo en Hyde, en un arrebato de furia satánica, asesina fríamente a un aristócrata. Tal hecho obliga a Jekyll, bajo peligro de horca, pues Hyde ha sido reconocido, a renunciar definitivamente a las andanzas de su doble. Con todo, acaricia en su pensamiento las perversas actividades de aquél. El intenso deseo es suficiente para sufrir, de forma totalmente involuntaria, la transformación. Aquí empieza ya la carrera de degradación total, pues sus mutaciones de personalidad son cada vez más frecuentes y descontroladas. Jekyll se sume en un estado angustioso y de autoconfinamiento voluntario, al que pone fin, después de una larga desesperación, con el suicidio.

Veamos, por último, el mito cinematográfico. En 1935 se estrena «The werewolf of London», película que, aunque no la primera sobre el tema, puede, según Francisco Montaner, considerarse como iniciadora de la serie de numerosas películas que versan sobre él.

Frente a la imposibilidad de analizar todos los argumentos, nos centraremos en el personaje del hombre-lobo tal como ha sido llevado a las pantallas a partir de «La marca del hombre-lobo», film español dirigido por E. L. Eguluz, según argumento y guión de Jacinto Molina. A éste, estrenado en 1968, han seguido, en estos últimos años, cuatro o cinco que pueden ser con-

siderados como un ciclo realizado en torno a tal personaje.

El argumento central de todos ellos, aunque con obvias variantes, es como sigue:

Un noble polaco, Waldemar Daninsky, que forma parte de una expedición científica a las montañas del Tibet, es mordido por una extraña bestia que resulta ser un licántropo. Al regresar a su país natal, el protagonista descubre que él mismo padece de la horrible enfermedad. Sus conocimientos científicos y aficiones a las ciencias ocultas le impulsan a buscar un remedio contra su mal, pero en balde. Aquí empiezan sus desventuras, que son resueltas de distinta forma en las diversas películas. Un rasgo común a todas ellas es que cuando Daninsky, que es una excelente persona, intuye, por el estado de la luna, su próxima metamorfosis, se encadena en una mazmorra, normalmente ayudado por su amigueta de turno, a la que ha hecho participe de su destino. Llegado el momento crucial, entre convulsiones y espumarajos, le crece el vello por todo el cuerpo, hasta quedar convertido en hombre-lobo. A pesar de sus precauciones tomadas con anterioridad, la fuerza sobrehumana de la que disfruta en su personalidad licántropica le impulsa a romper las cadenas hasta verse libre. Entonces comete todo tipo de barbaridades, despanzurcando a quien encuentra a su paso y violando o asesinando a todas las mujeres que puede, incluidas sus propias amantes. En tal estado, en algunas películas es utilizado por sus enemigos, quienes se sirven de él para cometer crímenes y saldar deudas. Normalmente muere atravesado por unas balas de plata que le dispara su novia. Muerto, vuelve a transformarse en Waldemar, y la paz y la serenidad vuelven a su rostro, contorsionado y convulso por el sufrimiento licántropico.

Las constantes del mito

Recapitulando sobre lo anteriormente expuesto, es decir, los distintos estadios o estratos del mito, desde los más primarios hasta los más simbólicos y culturales, podemos señalar una serie de constantes que encontramos, con distintas variantes, en todas las narraciones sobre el tema.

Primeramente, ¿cuáles son las causas que determinan la licantropía? Inmediatamente se nos impone una respuesta: el **determinismo**. Este puede ser, como ya hemos visto, familiar-cultural (el esquizofrénico puertorriqueño), mágico (el alobado gallego); en el nivel más culturalizado de todos, el determinismo es propio de la misma estructura de la naturaleza humana,

como Stevenson atribuye a Jekyll; mágico-contagioso, en Daninsky.

La segunda constante, que se enfatiza en todos los casos de licantrópica, es la **doble personalidad**, de la que hace gala el individuo afectado por ella. La tendencia vital depresiva de Alex contrasta con sus estallidos de agresividad devastadora; las descripciones habidas sobre Manuel Blanco afirmaban que era hombre pacífico y de bien, lo cual no privaba que él mismo aceptara haber cometido numerosos asesinatos. Por último, tenemos la doble personalidad Jekyll/Hyde y Waldemar/hombre-lobo que no precisan mayor comentario.

Como tercer «item», común a todos los casos, observamos que el paso o metamorfosis de una personalidad a otra se realiza a través de un **estado de desequilibrio o pérdida de personalidad** para adquirir otra. El joven puertorriqueño creía transformarse en lobo cuando era carcomido por los ataques de nervios y delirios; el «lobishome» de Allariz sentía un impulso irresistible que le obligaba a tirarse por los suelos, en un estado epiléptico, del que se levantaba creyéndose lobo; el doctor Jekyll escribe, al hablarnos de su metamorfosis: «Sentí en seguida dolores desgarradores, como trituración de los huesos, náuseas mortales y un horror del espíritu que no podría ser sobrepasado a la hora del nacimiento o de la muerte» (página 114); Waldemar Daninsky sufre unos terribles ataques espasmódicos que señalan su conversión en hombre-lobo.

El desequilibrio o esquizofrenia del yo del licántropo repercute también en la apariencia exterior del sujeto: A Alex le relucían los ojos, aullaba y caminaba como los lobos. Según la tradición, los hombres-lobo gallico-portugueses cubrían su cuerpo con pieles de estos animales.

La transformación de Jekyll en Hyde implica una serie de cambios fisiológicos que afean su figura hasta convertirse en irreconocible. El científico polaco se transforma en un verdadero lobo. Tal hecho debe considerarse, pues, como la identificación total del licántropo con su segundo yo, hasta el punto de que se pierden incluso las prerrogativas y apariencia humanas.

El cuarto «item» podríamos centrarlo en el hecho de que **todo licántropo es consciente de su morbo**, lo cual origina distintas reacciones psicológicas culpables en todos ellos. La esquizofrenia licantrópica de Alex era consecuencia de sus luchas y sufrimientos psicológicos. El lobisón gallego, consciente de su enfermedad, mostraba en sus estados de lucidez un franco arrepentimiento por sus crímenes. El doctor Jekyll escribe en su testamento espiritual... «llegué a convertir la personalidad de Je-



También Jean Renoir hizo, en 1959, una película basada en el mito del doctor Jekyll y mister Hyde, que tituló «El testamento del Dr. Cordelier». En la foto, Jean-Louis Barrault, en una escena del film.

kyll en un ser consumido y agotado por la fiebre, desmayado y débil de cuerpo y de espíritu y dominado sólo por un pensamiento: el odio a mí otro yo» (página 138). Daninsky, para prevenir sus desmanes y acciones culpables, se autoencadena y mortifica despiadadamente.

Por último, podemos preguntarnos: ¿Qué tipo de actitud adopta la sociedad frente al licántropo? El internamiento en un hospital o en un manicomio en el primer caso. El «lobishome» de Allariz fue ajusticiado. El protagonista de la novela de Stevenson se suicida y Daninsky ruega que lo maten, petición que es cumplida al pie de la letra.

El modelo estructural del mito del licántropo podría, resumiendo, formularse como sigue: **Determinismo-doble personalidad de base del licántropo-extrapolación esquizofrénica de su yo licantrópico-sentimientos de culpabilidad por parte de la víctima-castigo social del mismo.**

La funcionalidad del mito

Para determinar la funcionalidad del mito proponemos, como hipótesis de trabajo, la consideración de que el mito del hombre-lobo es una reflexión y racionalización a nivel simbólico sobre la bondad o maldad innata del hombre, problema con claras implicaciones religiosas, filosófico-políticas y psicológicas dentro del ámbito de nuestra cultura occidental y que ha recibido distintas respuestas teóricas.

Empecemos por la primera respuesta, de carácter religioso, que se ha proporcionado a este interrogante. La religión persa de Zaratustra, el mazdeísmo, postula, a nivel cósmico, dos principios: el del Bien y el del Mal (Ormuz y Arimán, respectivamente). Tales principios antagónicos se suceden cíclicamente en el gobierno del mundo, de lo que se derivan los distintos grados de maldad o bondad que se dan en las eras históricas. La religión mazdeísta influyó en gran manera en el primitivo cristianismo a través de la herejía maniquea. A pesar de los ataques que recibieron los maniqueos por parte del cristianismo ortodoxo, éste último quedó teñido fuertemente por la concepción he-

rética. No nos interesa aquí más que un aspecto: el ético. Es sabido que, según el cristianismo, todo individuo, al nacer, está ensombrecido con el llamado pecado original, mancha o culpa heredada que a las claras indica que todo individuo es malvado por naturaleza. La perversa naturaleza del bebé puede redimirse, no obstante, a través del sacramento del bautismo, rito de pasaje que, socialmente considerado, representa la entrada de un nuevo miembro en la sociedad. Por otra parte, el agua del bautismo, al purificar al recién nacido, le hace digno de entrar a formar parte de la Iglesia, hecho fundamental si tenemos en cuenta que «extra ecclesia nulla salus» (fuera de la Iglesia no hay salvación).

Filosóficamente, y al igual que en la Religión, el Bien y el Mal son principios cósmicos. Entre los presocráticos mecanicistas, el Universo es un conjunto de átomos que se atraen o repelen en función de los principios del Amor (Bien) u Odio (Mal). En un segundo momento, el bien y el mal adquieren, principalmente a partir de Sócrates, un significado eminentemente ético. Sería prolijo seguir diacrónicamente la evolución del pensamiento filosófico al respecto, por lo que nos centraremos en dos sistemas filosóficos del siglo XVIII que plasman de forma dicotómica y antagónica la cristalización del problema sobre la naturaleza bondadosa o malvada del hombre. Son el de Rousseau y el de Hobbes, respectivamente. Es imposible resumir la concepción roussoniana sobre el hombre en pocas palabras. Señalemos, pues, el tópico según el cual el hombre, en su naturaleza innata y en bruto, es esencialmente bueno. Lo que pervierte y degrada esta pristine bondad es la sociedad en la que se integra. Frente al idealismo del filósofo francés, el realismo de Hobbes, continuador de los teóricos políticos del Renacimiento, Maquiavelo y Castiglione, se centra en el punto de vista totalmente opuesto. Según Hobbes, el hombre, en su estado natural, es un ser esencialmente egoísta y primario que tiende y persigue la satisfacción más inmediata de sus propias apetencias, sin preocuparse en absoluto por la suerte de sus congéneres. Así, como pilar de sus concepciones filosóficas, Hobbes

coloca la famosa máxima: «Homo homini lupus» (el hombre es un lobo para el hombre).

Frente a la supuesta armonía o colectivismo primitivo social de Rousseau, Hobbes se refiere a la vida social como un estado de «bellum omnium contra omnes» (guerra de todos contra todos).

Obviamente, las concepciones políticas de ambos autores serán disparas. Mientras Rousseau postula el «Contrato social» supuesto como una relación interactuante, libre y democrática de los individuos para unir sus esfuerzos y conseguir el bien común, Hobbes aboga por el «Leviathán». Bajo esta denominación del monstruo bíblico, designa el filósofo inglés su concepción del Estado. Según Hobbes, para que la vida humana en común sea posible, los individuos deben limitar y restringir sus derechos y poner coto a su primitivo libertinaje, cediendo todos sus derechos a una autoridad reguladora y suprema. La cesión, dice el filósofo inglés, redundará a la larga en beneficio de los propios individuos. Sin embargo, y puesto que esta primera cesión, según Hobbes, autointeresada, es un tanto precaria, debido a los ataques que tendencialmente los hombres realizarán en un segundo momento contra la autoridad, se hace indispensable reforzar al máximo el poder del que ya disfruta la autoridad. Mientras las teorías de Rousseau influyeron en la Revolución francesa y los filósofos sociales del siglo XIX, Hobbes fue el padre teórico de los sustentadores de toda forma de gobierno absolutista, desde las monarquías de tal nombre del siglo XVIII, hasta los movimientos fascistas del siglo XX.

Uno de los principales continuadores y exponentes de las teorías de Hobbes fue, en el campo de la Psicología, el fundador del psicoanálisis, Sigmund Freud. Según sus postulados, el individuo es, al nacer, una naturaleza en bruto animada por un conjunto indiferenciado de impulsos biológicos e instintos vitales, que se manifiestan a través de sus necesidades corporales más primarias. Sin embargo, todo individuo se ve obligado, desde los primeros días de su vida, a ordenar y pautar las tendencias vitales y la energía psicosomática de la que está dotado, en vistas a su integración social. Los moldes de conducta preestablecida, así como los cauces restrictivos, le son impuestos al recién nacido cuando efectúa sus primeros contactos con lo que Freud denomina «el Principio de la Realidad», y que ahora llamamos cultura o civilización. De ello deduce Freud la función coactiva, compulsiva y represiva de la cultura.

Lo común a Calvino (a quien consideraremos como máximo exponente del determinismo religioso), a Hobbes y Freud, es el considerar

«EL HOMBRE-LOBO»

que todo comportamiento humano es un proceso dialéctico entre las dicotomías de Pecado-Iglesia (o Voluntad de Dios, en Calvino), Desorden-Estado e Instinto-Cultura, respectivamente.

Las similitudes funcionales de las tres doctrinas se expresan incluso a nivel lingüístico, pues, en muchos casos, los términos de «pecado», «desorden» e «instinto» son utilizados por ciertos moralistas indistintamente, pasando a designar, de forma global, todo lo que de una forma u otra tiene carácter disgregador y peligroso socialmente. Con todo, y a pesar de los esfuerzos culturales tendentes a mantener esta carga energética negativa (innata según dichas teorías) en estado latente, a menudo el intento fracasa, por lo que toda sociedad dispone de los medios y métodos que le permiten regular y encauzar estos centros tendenciales, espiritualizando o suprimiendo sus contenidos brutos.

¿Cuáles son los métodos de control social más utilizados? Los internos y los externos. Entendemos por métodos internos el conjunto de normas morales y éticas interiorizadas por el individuo durante los procesos de socialización y cuya transgresión origina fuertes sentimientos de culpabilidad y un aislamiento angustioso interior sentido por el sujeto en cuestión. Según la Religión, la facultad llamada «conciencia» cumple esta misión de autorregulación y autocontrol. En la teoría psicoanalítica se denomina «Super-yo» a este mecanismo psicológico.

Los métodos externos de control social son, lógicamente, el conjunto legislativo de un país y, más concretamente, su Código Penal, y tienen su mayor desarrollo en la esfera política.

Todas las sociedades conocen los dos medios de control social apuntados. Sin embargo, el énfasis en el valor del autocontrol o del control exterior está en función de los postulados éticos sustentados por el sistema social general. Sirviéndonos de la terminología de E. Fromm, que distingue entre ética humanista y ética autoritaria, podemos afirmar que éticamente es democrática y humanista aquella sociedad que privilegia los métodos de autocontrol interno de cada uno de sus miembros, y autoritaria y fascista la que, por el contrario, enfatiza la importancia de las normas disciplinarias externas. Dentro de los máximos exponentes de la ética autoritaria se encuentran, en Occidente, Calvino, Hobbes y, en menor grado, Freud.

Visto esto, podemos preguntarnos: ¿No es el mito del hombre-lobo un fiel exponente, a nivel primario y simplista, de las tres teorías autoritarias que acabamos de apuntar? ¿No expresa el mito del licántropo el determinismo purita-

no religioso, según el cual todos somos pecadores, la mentalidad fascista de Hobbes, de que el hombre es un lobo para los demás, y la concepción pequeño-burguesa de Freud, que a pesar de ser consciente del carácter represor y autoritario de la cultura no dirige contra ella su crítica ni postula posibles cambios ideológicos? Acaso, ¿no es el hombre-lobo un símbolo perfecto del individuo dominado por sus tendencias agresivas y en busca de sus satisfacciones más primarias y capaz, por consiguiente, de destruir la cultura que tantos esfuerzos ha costado —según estas teorías totalitarias—, que jamás se han cuestionado sobre la esencia del autoritarismo? ¿No es el licántropo rey de castigo en todos los casos, a pesar de sus arrepentimientos y sufrimientos? Y por último, ¿no somos todos, según estas teorías, verdaderos licántropos en potencia, que necesitamos de ejemplos catárticos (el mito del hombre-lobo, a todas luces lo es) para no serlo en acto?

Cada vez que he visto la secuencia cinematográfica del hombre-lobo rompiendo sus cadenas y dar libre curso a su agresividad, instintos asesinos y sexualidad desbordada, así como su regresión a un estadio primitivo y salvaje, en el que sólo domina la brutalidad y la barbarie, he recordado las descripciones apocalípticas de ciertos predicadores que, en mi pueblo, nos hablaban y convencían sobre la perversidad de todos los individuos no confesionales religiosamente o de la degeneración de aquellos no integrados en el «statu quo», así como de la necesidad de sobrellevar férreas disciplinas educativas que, aun sin entenderlas, debíamos soportar estoicamente.

Sin embargo, están ya un poco lejos los tiempos de la credulidad ingenua e infantil, y una nueva pregunta se hace necesaria: ¿No serán aquellos individuos que más interés tienen en hacernos creer que todos somos lobos los verdaderos licántropos? La Historia tiene buena memoria, pues afirma que la Ginebra de Calvino y Zúrglio, los máximos defensores de la maldad innata del hombre, fue el verdadero paraíso de la inquisición, de la represión religiosa y política sin cuartel y una ciudad dominada por el miedo y el pánico general de todos sus habitantes.

Una de las organizaciones terroristas secretas formada por veteranos nacionalistas alemanes después de la primera guerra mundial recibió el nombre de Los Hombres-Lobo. Fue fundada por Fritz Klappe, en 1923, según el modelo de la mafia siciliana. Goebbels y Bormann fueron sus últimos dirigentes.

■ J. P. C.



Elizabeth de Bathory: un ritual sádico similar al desarrollado por Gilles de Rais.

UNO de los linajes húngaros de abolengo más rancio fue el de Bathory, en cuyo seno nacieron varios príncipes, un cardenal, un primer ministro húngaro —Gyorgy Thurzo— y un Rey —Esteban de Polonia—. Sin embargo, la fama popular de la familia —en multitud de narraciones y romances— no se debe a esas insignias y hasta egregias figuras, sino a una personalidad bastante más inquietante, la de Elizabeth de Bathory, nacida en los Cárpatos el año 1560, en un momento en el que la familia —quizá por ofrecer un escenario más adecuado a lo que había de sobrevenir— contaba con un ocultista dedicado a rituales diabólicos, una lesbiana y un sátiro.

Los primeros años de la vida de la dama no pudieron ser más normales, culminando con su matrimonio, el 8 de mayo de 1575, con el conde Ferencz Nadasdy, celebrado bajo los mejores auspicios del Rey Matias. La pareja se instaló en el castillo de Csejthe, en la provincia de Nyitra, al Noroeste de Hungría.

Una primera aventura descocada y una carta reveladora

Apasionado por el combate al infiel, en el que ganó el sobrenombre de «Héroe Negro de Hungría», el conde pasaba en el castillo temporadas cada vez más cortas, aprovechadas por Elizabeth en ocupaciones que pronto dejaron de ser enigmáticas. Visi-

tada por sujetos de muy variada catadura, Elizabeth decidió en una ocasión fugarse con un extranjero de piel oscura, al que abandonó tempranamente para regresar a Csejthe y recibir el benévolo perdón del «Héroe Negro». Este, por aquello de que lo ecuaníme no evita lo previsor, y de que comenzaba a peinar canas instaló a su propia madre en la fortaleza y reemprendió sus campañas fronterizas, dejando a sus espaldas el caldo del odio recíproco e inmediato entre suegra y nuera (obligada ahora a ocupaciones más domésticas y recatadas).

En una de sus cartas a su marido, Elizabeth le comenta la índole de sus nuevas aficiones, encomiando los horizontes que ante ella abrían las enseñanzas de uno de sus sirvientes, Thorko: «Thorko me entretiene con sus amenos conocimientos ocultistas y sus amables prácticas. Una de ellas consiste en coger una gallina negra y golpearla hasta la muerte con un bastón blanco. Luego se guarda la sangre para manchar ligeramente con ella a la persona sobre la que se quiera hacer recaer cualquier mal. Si la persona no está a mano, basta con utilizar cualquiera de sus prendas». En realidad, el tal Thorko, junto con el mayordomo, Ujvary, y el ama de llaves, Dorotea Szentes, habían iniciado a Elizabeth en las prácticas subterráneas del sadismo homosexual, concretado en discretas torturas infligidas a ciertas muchachas de la servidumbre.

La cosa no pasó de ahí hasta 1600, año en que muere Ferencz, y Elizabeth aprovecha para desembarazarse de su suegra y